

## DOS ELECCIONES GENERALES Y UNA CRECIENTE SENSACION DE INESTABILIDAD

Unas elecciones generales, ¿pueden ser algo más que la manera de reflejar, en la más favorable de las situaciones, el estado de ánimo de una mayoría de la opinión? Pero, ¿se necesita algo más que eso para tomar el pulso a un ambiente que podía dejar la impresión de estar dominado hasta entonces por tendencias y corrientes nada fáciles de calibrar? Por llegar en un momento en que las cosas del mundo de la postguerra llevaban años marchando, poco más o menos, en la misma dirección, las elecciones generales en Inglaterra y los Estados Unidos parecían ser esperadas con general y creciente interés, quizá hasta con mucha preocupación.

Lo que de ellas ha salido puede haber sido—en muchos casos apenas queda sitio para la duda—inesperado. Aunque en los comienzos de la nueva situación es mucho mayor el contraste en el horizonte político inglés que en el norteamericano, en definitiva la importancia verdadera ha de seguir estando en lo que se haga—incluso en lo que se diga—por los Estados Unidos. A eso tal vez se deba el no ser posible todavía vislumbrar cosas mayores ni más llamativas que el aumento de la presión de los mismos factores de inestabilidad, acaso de debilidad, que venían actuando desde hacía más o menos años. Los grandes progresos y mejoras de los años de reconstrucción y rehabilitación de los estragos de la guerra han dejado mucho sitio para el descontento y la incertidumbre, y por este lado alguna ayuda aporta la notoria y creciente discrepancia—es ya discordia franca por algunas partes—que afecta más, por ahora, al campo de las relaciones internacionales que de las internas, aunque también se observen por aquí indicios claros de incomodidad.

Por razones que saltan a la vista, el cambio que ha salido de las elecciones generales de la Gran Bretaña, celebradas el 15 del pasado octubre, es, por supuesto, mucho más significativo y mucho menos importante que

el que no salió, porque en apariencia—sólo en apariencia—las cosas siguen igual que antes, con la promesa tan sólo de un "let's continue", de las elecciones presidenciales, y generales, de los Estados Unidos, del 3 de noviembre, a las tres semanas escasas de las que permitieron, apenas permitieron, la formación del segundo Gobierno laborista de la postguerra. Por dos razones, la de la significación y la del calendario, Inglaterra está, pues, en primer término.

### I. GOBIERNO LABORISTA EN INGLATERRA

Nunca se podrá decir que el Gobierno laborista de Mr. Harold Wilson, con 317 diputados en una Cámara de los Comunes que tiene un total de 630—los demás son: conservadores, 304; liberales, 9, aunque los conservadores han reducido su votación efectiva a 303, por pasar un miembro de su minoría a sentarse sobre el "wool sack", el "saco de lana", que es símbolo de la presidencia, con lo que la mayoría laborista absoluta sube de cuatro a cinco—, no ha querido cumplir lo que su dirección había prometido a lo largo de la campaña electoral: un programa lleno de promesas de cambios. Promesas de prosperidad para todos, de mejores y más abundantes servicios sociales, en particular en los retiros y pensiones, en la asistencia médica y en las medicinas; renacionalización de la industria del acero y, por supuesto, un gran crecimiento económico del que fuesen saliendo los recursos y los medios con que hacer frente a un capítulo de gastos predestinado a experimentar un gran aumento. Para dar verdadero impulso a la decisión de marchar adelante, se empezó por la creación de cuatro nuevos ministerios—Asuntos Económicos, Tecnología, Desarrollo de Ultramar y Tierra y Recursos Naturales—, con lo cual, entre lo que se llama en Inglaterra el "Cabinet", el verdadero Consejo de Ministros de otros países, los "junior ministers" o ministros "not in the Cabinet", que ocupan a veces un peldaño inferior sólo en el rango, y los ministros adjuntos, parlamentarios, etc., el total pasa ya del centenar y hubiera subido más aún de no existir el obstáculo de las limitaciones estatutarias.

Tenía prisa Mr. Wilson, el hombre para quien se decía que el gobierno de la nación no tenía secretos, porque había establecido con él contacto directo cuando apenas había cumplido treinta y un años y desde entonces no había dejado de observar y estudiar, tanto el mecanismo y la acción del

gobierno, como el campo en el cual se movía y actuaba. Y mucha seguridad en sí mismo, aparentemente. Si se le juzgase por el entusiasmo y la confianza en sí mismo con que, según el juicio de un experimentado comentarista, acometió la tarea de la formación del nuevo Gobierno, "pensaría uno que se le había dado la seguridad de conservar el puesto durante cinco años, garantizado por una mayoría de 50 o de más (diputados). No advierte ninguna debilidad inherente o peligrosa en su mayoría de cuatro"

Ya las cosas y el ambiente en que se desvelarían se encargarían de advertírselo, aunque tal vez eso no hiciese mucha falta. Porque es posible que Mr. Wilson, que produjo asombro hasta por la rapidez con que completó la lista de su impresionante ministerio, se diese cuenta de que sólo la audacia y el llevar a los demás el convencimiento de que no tenía más que triunfos en la mano en el momento de acercarse a la gran mesa de juego en que podía decidirse su propio futuro político no menos que cuestiones de interés fundamental para los ingleses y para Inglaterra, podrían darle el impulso inicial que necesitaba. Es posible que se acordase de lo que él mismo había dicho en una definición de su Partido, al que comparó con una vieja diligencia. Lo importante no está en compararla con otras cosas más modernas, sino en pensar en los que van dentro, cada uno de los cuales, si se hace viaje a buena marcha, "se siente tan excitado y hasta mareado, que no queda sitio para las dificultades serias. Pero si, en cambio, se insiste en hacer altos, entonces todos se salen y empiezan a discutir sobre la dirección que se debería de llevar".

Seguramente, para Mr. Wilson, con una mayoría de sólo cinco votos en la Cámara de los Comunes, para los casos extremos—y el propósito de sacar adelante medidas como la renacionalización de la industria del acero le aseguraba la enemistad del pequeño grupo liberal, en un principio francamente predisuelto en su favor y una hostilidad creciente, atizada con energía desde muchas direcciones, de la gran minoría conservadora, que también en un principio hubiera preferido no crear dificultades serias al nuevo Gobierno—lo que realmente importaba no estaría en la Cámara de los Comunes, sino en el seno de su propio ministerio, en el interior de aquella vieja diligencia.

Mr. Wilson, el hombre que producía la impresión de tenerlo todo bien pensado, bien calculado, concluyó la tarea de la formación del Gobierno en un par de días y en forma que fué causa de sorpresa y de mucha admiración también. Aquello no parecía ser un ministerio para marchar de prisa,

a mayor velocidad, en cualquier caso, que la de una antigua diligencia —¿por qué pensar en eso en la era de las velocidades supersónicas?— aunque sólo fuese por el aire de cierto cansancio que se acusaba en el semblante de una buena porción de los nuevos ministros. De pronto, pudo tenerse la sensación de que el Partido laborista había envejecido mucho en la oposición. La edad media del nuevo Gobierno es de cincuenta y seis años, lo que apenas sugiere, como decía un comentario editorial de *The Observer*, un periódico inglés que no podría considerarse como hostil al laborismo, “un dinamismo juvenil”.

*Edad y ansia de equilibrio.*

Pero, ¿qué podía hacer Mr. Wilson, en realidad? En contra de lo que pudiera ser una impresión general, el Partido laborista es, desde el punto de vista parlamentario, más viejo que el Partido conservador; más de la cuarta parte de sus diputados—87—pasan de los sesenta años. En ese mismo grupo, el Partido conservador no tiene más que 48 diputados, y mientras del lado laborista hay 17 diputados con más de setenta años, por el lado conservador no se encuentran más de tres de esa misma edad. Los conservadores tienen 150 diputados por debajo de los cincuenta años, y los laboristas, con una representación parlamentaria algo numerosa, tiene sólo 123. Los conservadores tienen tres diputados con menos de treinta años; los laboristas, uno sólo.

Por este lado, la balanza tiene una inclinación desfavorable para el Partido que parecía dispuesto a cambiarlo todo o casi todo. Esa situación se refleja, sin duda, en la composición del Gobierno. Por más razones que la de los años, aparentemente. A poco que se fije la atención en ello, se advierte que en el ánimo de Mr. Wilson ha pesado mucho, sin duda, en el momento de pensar en la posición relativa que cada candidato a un cargo ministerial ocupaba en la vida del Partido, algo que sólo se acentúa, las más de las veces, con el paso del tiempo. Y en establecer una sensación de equilibrio—de un equilibrio relativo, posiblemente—entre las distintas, y por los extremos muy acusadas, tendencias que dislocan más bien que fortalecen la unidad del Partido.

Acaso con la misma razón se podría decir, para empezar, que el nuevo Gobierno es de tendencia francamente derechista, como que es de tendencia izquierdista. Las dos tendencias, en una de las cuales militó o pareció mili-

tar el propio Mr. Wilson y de lo que posiblemente hayan quedado residuos y vestigios que le permitan experimentar una sensación de irresistible simpatía por los gestos y actitudes más bien que las realidades de una línea política extremista, se hallan bien representadas. Por un lado, el de la derecha, se tropieza con nombres tan característicos como los de George Brown, Denis Healey, Gordon Walker y James Callaghan, por citar sólo algunos; pero antes de apoyar en ellos alguna conclusión definitiva, convendría fijarse en que, por el otro lado, el de la izquierda, están nombres como los de Frank Cousins, Arthur Greenwood, Barbara Castle, Fred Lee y Richard Crossman. Pudiera casi llegarse incluso a incluir al propio primer ministro de este grupo, aunque pudiera parecer aventurado. Pero no siempre, ni las más de las veces, los ministros de tendencia izquierdista ocupan los cargos de mayor importancia, ni son siquiera los más numerosos. Forman un grupo importante—quizá muy poco cohesionado—, aunque muy mayoritario. Pasan poco de la cuarta parte de esos 101 ministros que completan el Gobierno de S. M. la reina Isabel II de la Gran Bretaña, y ya muy poco más, pues en cosa de unos cuantos años, casi todo lo que había hecho posible hablar del mayor y más poderoso imperio de la tierra se ha ido dejando atrás, junto con el poder, las riquezas y el esplendor.

La fuerza, por el número en cualquier caso, del Gobierno laborista está por el centro y más bien por la derecha. Pero a veces son situaciones como esa, de extremada vaguedad, en lo que a las posiciones ideológicas y políticas concierne, las de mayor peligro, porque en momentos de crisis—y los ha habido ya, apenas iniciada la vida del nuevo Gobierno—, resulta cómodo y hasta fácil buscar una salida por el lado impulsivo, que suele ser el lado de lo extremista o lo extravagante. Al mismo tiempo casi que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Patrick Gordon Walker, anunciaba, en actitud un poco de éxtasis: “Prácticamente, mi primer acto después de ser *“Foreign Secretary”* ha sido llamar por teléfono a Mr. Dean Rusk, que es un viejo amigo mío. Me siento muy contento de que me haya invitado a Washington tan pronto, mientras por allí están todavía enfrascados en su campaña electoral. Consideramos nuestras relaciones con los Estados Unidos y la Alianza Atlántica, como la piedra angular de nuestra política. No hay diferencia por ahí con el nuevo Gobierno (inglés)...”, se estaban tomando decisiones, las tomaba el mismo ministro, a quien no desagradaba que se dijese de él que sería fácil confundirle con un “tory”, que sólo estirando demasiado las cosas podían considerarse de la incumbencia de su minis-

terio y que habrían de crear algunas dificultades serias y absolutamente innecesarias en la política exterior de su país.

No se ha dicho nada sobre la actitud del *premier* en casos así. Es posible, aunque improbable, que no se le haya consultado. O que se haya querido producir la impresión de que no se le había consultado, en lo cual podría apoyarse el esfuerzo notorio, persistente, que se ha venido haciendo por otros lados—por el del propio “Foreign Office” también—para demostrar que no se guarda rencor, animosidad ni siquiera mala voluntad hacia ese lado, que ha sido el primero en recibir una ofensa mucho menos admisible por ser tan absoluta, tan totalmente injustificada. Lo cual pudiera ser indicio de que las dificultades han empezado mucho antes de lo que el mismo Wilson hubiera creído posible.

En ese caso, ¿cuánto tiempo pasaría sin que empezasen los reajustes?

Los reajustes pudieran acabar siendo inevitables y sin que pase mucho tiempo—a menos que se buscara ante todo ir en seguida a unas nuevas elecciones generales—, antes seguramente de que se pudiesen hacer avances en serio en un programa que ha tenido unos comienzos poco alentadores. En cualquier caso, habrá que pensar en las elecciones, ¿para dentro de dos años, para dentro de unos meses nada más? Porque la vieja diligencia tropieza con demasiados obstáculos y hace falta interrumpir la marcha muy a menudo para que los viajeros salgan a estirar las piernas y a discutir. A discutir sobre todo.

Mr. Wilson parecía tenerlo todo previsto, sin embargo. Ya insinuó, muy a tiempo, que lo que podría ser la consecuencia de necesidades o conveniencias políticas, podría también acabar haciendo necesarias reformas y reorganizaciones. “No me gustaría ser cruel—llegó a decir—, pero hay cosas que uno tiene que hacerlas.”

Y, después de todo, lo que le pase a él, lo que seguramente le está pasando ya, ¿no es lo que ha pasado siempre en condiciones parecidas? Mr. Attlee, el jefe del primer Gobierno laborista de la postguerra, no acabó encontrándose con un ministerio acoplado y que le pareció satisfactorio hasta pasados dos años desde aquella victoria en las urnas en 1945. Pero, ¿ha pensado Mr. Wilson en que las condiciones ahora no son las mismas, ni mucho menos? La mayoría, abrumadora, con que contaba entonces mister Attlee—y la situación también de un país que acababa de salir de la más terrible y devastadora de las guerras conocidas—dejaba mucho margen para los cambios y los reajustes y los acoplamientos. Mr. Wilson, en

cambio, ¿con qué cuenta para pensar, si piensa en ello, en que pudieran pasar dos años antes de haber completado a su gusto la tarea que empezó apenas conocidos los resultados de las últimas elecciones generales? Sólo una extraordinaria y muy improbable conjunción de factores propicios pudiera justificar el que se hablase no ya de dos años para encontrar un ministerio a su entera satisfacción, sino de un período de tiempo parecido para la duración total, bien o mal acoplado, del actual ministerio.

*Una postguerra cruel.*

Las perspectivas son, en general, francamente desfavorables. Lo está diciendo la reacción resultante de las medidas excepcionales—y totalmente unilaterales—que se tomaron para evitar la catástrofe que amenazaba a la balanza de pagos de la nación, con un déficit en perspectiva para este año de 1964 de 700 a 800 millones de libras esterlinas, posiblemente más, lo suficiente para dejar al Banco de Inglaterra sin reservas de ninguna clase. Y lo viene diciendo, desde hace tiempo, esa sensación que produce la contemplación de la vida inglesa, sobre todo si se hace desde fuera mejor que desde dentro, donde un estado muy generalizado de bienestar y prosperidad ha podido desviar a veces la atención de las cuestiones realmente significativas. Y, a la larga, decisivas también.

Dice Arthur Koestler, en *Suicidio de una nación*, que si hubiese llegado de Marte un viajero con la misión de recorrer Europa por el circuito Oslo-Bonn-Milán-París-Londres, para acabar señalando al país que no sólo había perdido la última gran guerra, sino que no había conseguido su propio restablecimiento, apuntaría a Inglaterra, sin vacilar.

La postguerra ha sido cruel para Inglaterra. A pesar de la apariencia de prosperidad—y de la sustancia también, con frecuencia—, abundan los síntomas que acusan un estado de salud nada satisfactorio. Han sido grandes los progresos de un proceso de modernización y automatización industrial. ha desaparecido prácticamente el paro y el índice del consumo nacional ha subido mucho y tiende a subir en tal forma que sólo medidas enérgicas, como la restricción del crédito y un aumento fuerte en los impuestos sobre los artículos de consumo, en particular esos que dan un tono especial a nuestra era de mecanización, pueden limitar un poco el poder adquisitivo del mercado interior con miras a dejar algo para la exportación, a lo que es, en definitiva, cuestión de vida o muerte económica para Inglaterra, a

causa de las grandes necesidades de importación, tanto de materias primas para la industria como de alimentos para sus habitantes. La situación desde este punto de vista se ha agravado de manera alarmante a lo largo de todo el año de 1964, un año que se puede decir que ha tenido una gran preocupación dominante para el pueblo inglés: las elecciones.

De esa situación salieron esas decisiones primeras del nuevo Gobierno laborista, con un aumento general del 15 por 100 en los derechos aduaneros para todos los artículos manufacturados o semimanufacturados, entre los que se encuentran los vinos y licores, pero no las conservas de pescado, una sobretasa que en líneas generales duplica los derechos de aduana en vigor hasta entonces, y una prima que se concede a los exportadores en la forma de una reducción en los impuestos que alcanza al 1,5 por 100, por término medio. Restricciones severas para las importaciones y estímulo a las exportaciones con miras a corregir esa situación dramática que amenazaba consumir de golpe todas las reservas en oro y divisas de la zona de la libra esterlina—que abarca a la gran mayoría de los países de la *Commonwealth*—, y dejar a la libra esterlina ante la necesidad total y absoluta de una nueva desvalorización.

Pero sería injusto no ver en todo esto más que la consecuencia del cambio que se produjo en las últimas elecciones generales inglesas. Durante largos años, Inglaterra fué la primer potencia económica y comercial del mundo, una posición en la que empezó a tropezar con mucha—y creciente—competencia a medida que iba avanzando el siglo xx, para acabar siendo destronada, definitivamente al parecer, por los Estados Unidos. Últimamente se ha producido un fenómeno realmente extraordinario: la Alemania Occidental, sólo un vestigio, aunque de gran importancia, sin duda, de la Alemania no ya de los días de máximo desarrollo hitlerista, sino de los días prehitleristas, ha conseguido desplazar a la Gran Bretaña del segundo puesto que venía manteniendo entre las potencias comerciales del mundo.

La situación para Inglaterra se ha ido complicando a ritmo más rápido todavía desde la iniciación del período de transición en la formación de la Comunidad Económica Europea. Las exportaciones británicas entre los años de 1959 y 1962 han subido en un 10 por 100; las de la C. E. E., en un 50 por 100; el aumento en la producción industrial ha seguido un curso sólo ligeramente menos desfavorable, con un aumento del 20 por 100 en el primer caso, del 40 por 100 en el segundo.

Se venía hablando mucho de la necesidad de impulsar el desarrollo eco-



nómico de la Gran Bretaña, para alcanzar un índice anual del 4 por 100, aunque eso parecía ser una confesión de impotencia, en vista de lo que está sucediendo por la C. E. E., cuyo crecimiento anual medio es del 4,5 por 100. Pero podía ser una ilusión, en vista de que esa media anual británica de crecimiento económico ha sido de un 2,6 por 100.

*Promesas que no se cumplen.*

Hacía falta un impulso extraordinario, casi un "soplo de vida", para reanimar un organismo con indicios evidentes de entumecimiento. No han faltado buenas voluntades que creyesen o esperasen que podía venir del lado laborista, con su hincapié en la preparación universitaria y técnica, en el estímulo vigoroso de las actividades económicas, en particular por el lado de la aplicación práctica de los sensacionales progresos de la ciencia y la tecnología, en la reforma a fondo de las estructuras tradicionales y en la creación de un ambiente favorable a la transformación radical que devolviese a Inglaterra la posición de vanguardia de que había disfrutado largamente como consecuencia principal de la Revolución Industrial.

Al mismo tiempo, el Partido laborista prometía una mejor distribución de los recursos nacionales, al ensanchar y elevar el nivel de los beneficios sociales, al reformar a fondo la enseñanza, para convertir en el derecho de todos lo que había sido el privilegio de los pocos, al introducir cambios radicales en el sistema de propiedad de la tierra para evitar la especulación en los terrenos que van siendo asequibles a la construcción y para dar un gran impulso a la edificación, con objeto de resolver definitivamente uno de los grandes problemas de la vida moderna, en Inglaterra y en muchos otros países, el de la vivienda.

Mientras duró la campaña electoral, estas y otras cosas fueron tema constante de exposición y argumentación, pero sin entrar nunca en detalles tan fundamentales como los medios con los cuales poner en marcha un programa que por ser tan ambicioso había de ser también sumamente costoso. Ahora, cuando el Gobierno de Mr. Wilson había empezado, acaso nada más que empezado, a establecer contacto directo con algo que apenas podía ser otra cosa que unas directrices generales muy vagas, se vino encima esa sensación de crisis que hizo necesario dedicar todo el esfuerzo y toda la capacidad de imaginación posible al apuntalamiento de un edificio

viejo que amenazaba venirse abajo, en vez de ir preparando el terreno para la construcción de uno nuevo.

Y en el proceso, apresurado, un poco atolondrado tal vez, se han hecho movimientos tan bruscos que de ellos han salido contusiones—quizá algo más grave todavía—para muchos, casi para todos los que se encontraban contemplando lo que sucedía, con aire de asombro y casi siempre de simpatía también. El nuevo Gobierno inglés actuaba con brusquedad en casi todas las ocasiones, lo mismo en política internacional que en política nacional. A Mr. Wilson y a su pequeña mayoría en la Cámara de los Comunes—de la que casi una tercera parte había encontrado cargos de la más alta responsabilidad gubernamental para cubrirlos como un premio que con frecuencia parecía concederse sólo a la lealtad y persistencia en la prestación de servicios al Partido—pudiera hacerles falta una actitud de cierta indulgencia en las filas de la oposición, quizá hasta de simpatía también en las muy pequeñas, casi insignificantes, aunque había subido de seis a nueve el número de sus diputados entre 1959 y 1964, del Partido liberal.

El Partido liberal había esperado, incluso, que se llamase a su jefe, Jo Grimond, para cambiar impresiones con él. A pesar de no haberse hecho y de anunciar Mr. Wilson que el programa laborista saldría adelante, se anunció que el Partido liberal mantendría una actitud francamente benevolente. Lo que no se quería, de ninguna manera, era crear una situación que hiciese inevitables las elecciones otra vez en un plazo de pocos meses. Había razones tan poderosas para ello, como las materiales—un costo realmente alto que un partido ya tan pequeño como el liberal apenas podría soportar—y las psicológicas—como el efecto que podría resultar, para la opinión pública en general, de lo que pudiera considerarse como una actitud injustificadamente intolerante de los vencidos que, a la primera oportunidad, estaban decididos a producir una crisis que no tuviese otro remedio que desembocar en las elecciones. De ahí que ni liberales ni conservadores tuvieran el menor deseo de producir la sensación de acosar de tal modo al nuevo Gobierno que su vida pudiese resultar imposible. El Partido conservador, que también tenía serias dificultades a que hacer frente, de lo cual pudiera ser buena idea el desplazamiento de Richard A. Butler de uno de los puestos clave en la dirección, había llegado incluso a la conclusión de dar todas las facilidades compatibles con el *fair play* parlamentario. Una de las más importantes era la decisión de “emparejar” con cualquier miembro de la Cámara de los Comunes del lado de la mayoría que tuviese necesidad de

hacer viajes por el extranjero, un miembro de la oposición, con lo cual la diferencia entre la mayoría y la minoría se mantendría inalterable. El diputado laborista que no pudiese votar en una situación capaz de ser decisiva, por estar ausente, tendría la contrapartida, fantásticamente favorable, de ese otro voto a que el Partido conservador había renunciado voluntaria, generosamente.

Pero la dirección laborista no parecía inclinada a dar una respuesta generosa y cordial hacia quienes estaban haciendo una demostración del deseo de no crearle dificultades, al menos para empezar. Con la misma actitud del que acaso sienta la necesidad de ocultar tras la pantalla de la agresividad, el reto y hasta el insulto, una sensación de abrumadora debilidad, el nuevo Gobierno se tornó desconsiderado y agrio en materia de política exterior y despreciativo, cuando no intolerablemente insultante, en materia de política interna.

A nadie podía alcanzársele la utilidad—y menos aun la necesidad—de proceder inmediatamente a la renacionalización de la industria del acero, que le aseguraba un debate agrio y dilatado en la Cámara de los Comunes y la votación en contra de los liberales—además de los conservadores, por supuesto—y la creación con ello de un ambiente de animosidad del que difícilmente se podría ya salir en la vida del actual Parlamento. Y si eso podría explicarse como una equivocación muy grave o, lo que sería bastante peor, como el propósito deliberado de forzar a conservadores y liberales a situarse en una actitud de oposición absoluta al programa del nuevo Gobierno, de lo que apenas podría salir otra cosa que una crisis a corto plazo, ¿qué se podría decir de la actitud insultante del primer ministro al pedir a los diputados de la oposición que arrojasen de sus filas al diputado Peter Griffiths, que había triunfado sobre el actual ministro de Asuntos Exteriores, Patrick Gordon Walker, en un distrito de Birmingham, al hacer uso muy generoso de la cuestión racial, que empieza a inquietar también en algunos lugares de Inglaterra? Después de hablar de unos resultados en ese distrito que “dejarán al Partido conservador con la marca permanente de la vergüenza”, pidió nada menos que ese diputado fuese borrado de la lista de miembros del Partido de la oposición, para dejarle que “consumiese su período de servicio como un leproso parlamentario”.

¿Se había dado cuenta Mr. Wilson de que, con una mayoría tan reducida, que era claramente incapaz de ayudarle a convertir en realidad sus sueños de reforma, sólo se podría pensar en un programa de gobierno ade-

cuado para una situación de crisis nacional, en el que haría falta mucha buena voluntad y un espíritu de colaboración y esfuerzo nacionales? ¿Es que hubiera podido ser eso, aunque se hubiese llegado a ello inconscientemente, lo que había querido el censo electoral, al presentar a la nación con la Cámara de los Comunes partida casi mitad por mitad entre laboristas y conservadores? En situaciones así, ¿es posible otra tarea de gobierno que la auténticamente nacional, a menos, es decir, que se quiera crear, de una manera deliberada, un clima de lucha y hasta un poco de guerra civil?

## 2. SIN CAMBIOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Al hacer la presentación del senador Barry M. Goldwater al vasto gentío que casi llenaba el gran estadio de Los Angeles, en los comienzos de la pasada campaña electoral que confirmó a Lyndon B. Johnson en la Casa Blanca para un primer mandato de cuatro años, el general James Doolittle habló del dirigente de la "segunda revolución" de los Estados Unidos. A juzgar por los resultados de las elecciones que pusieron término a esa campaña, acaso sea posible hablar de algo que se parece, ciertamente, a una revolución. Aun cuando la consecuencia de esas elecciones sea el dejar las cosas como estaban, poco más o menos. Pero también eso pudiera ser, en el fondo, revelador: la demostración de que mucha gente, una fuerte mayoría, se ha dado cuenta de lo que podía suceder y no ha querido, sencillamente, que sucediese. En cualquier caso, habría motivos más que suficientes para considerar estas elecciones como el acontecimiento político de mayor importancia en la vida de los Estados Unidos desde hace largos años.

Para sospechar que algo extraño se había introducido en el panorama político norteamericano, habitualmente cargado de emoción en los días de agitación electoral, bastaría con escuchar al candidato a la presidencia del Partido republicano. Se llegó a decir de él que el aspecto más notable de su campaña electoral había sido lo poco que se había perfeccionado en ocho semanas de ir y venir de un sitio para otro, con la aparente finalidad de ganarse la buena voluntad—y los votos—de una mayoría de la población. Pero, ¿por qué se había de perfeccionar? El senador Goldwater no es un novato en estas cosas. Sabe muy bien lo que es hacer una campaña electoral y sabe, lo ha demostrado, producir una impresión fuerte en la opinión

pública, lo suficiente para alcanzar la mayoría, que es el objetivo de todas las actividades de esta clase.

No tenía, en realidad, el senador Goldwater por qué perfeccionarse, puesto que su campaña se ha desarrollado, desde el principio hasta el fin, siguiendo unas líneas que parecen haber sido fijadas cuidadosamente de antemano, al menos en el aspecto esencial. Ahora que las elecciones se han quedado atrás y que, mejor aún, se ha tenido la ventaja de unas semanas para la contemplación sosegada del panorama político norteamericano, se comprende el enorme interés que despertó aquella declaración inicial hecha en defensa del extremismo, del que afirmó el señor Goldwater que cuando se encauza para la defensa de la patria, no es un vicio, de la misma manera que la moderación en defensa de la libertad no es una virtud.

En cierto modo, un modo en el que parecía inevitable pensar que se había adoptado sin prisa, con deliberación, lo que para muchos parecieron graves errores, tremendas equivocaciones de la campaña electoral del senador Goldwater, podría ser sólo la persistencia en continuar adelante por un camino que había sido trazado con la intención decidida de que no hubiese desviaciones. Por eso, se ha llegado a decir que cuando, por razón de la forma, un poco casual en apariencia, con que había hablado del posible uso de las armas atómicas tácticas para forzar una decisión en la lucha contra el Vietcong, en el Vietnam del Sur, y del uso posible, es más de las armas atómicas para hacer frente al peligro comunista, hoy más extendido y más grave que nunca, el senador Goldwater produjo la impresión de ser el hombre del "dedo impaciente" por ponerlo en el botón, capaz de provocar un conflicto nuclear. Y si esa impresión era o no razonable, él no hizo nada eficaz por desvanecerla. Se le criticó, más aun, por incurrir una y otra vez en la misma equivocación, incluso cuando parecía evidente que estaba produciendo con ello una impresión muy desfavorable, por temor a que, de veras, pudiese con él llegarse al holocausto.

Pocas veces, acaso ninguna, en el fondo, ha hecho Goldwater nada, durante la campaña electoral, por presentarse como el defensor efectivo de programas, reformas y concesiones de carácter eminentemente popular. Cuando del lado contrario se le criticaba en forma que podía considerarse despiadada, su mejor respuesta era llamar "fascistas" a los que insinuaban eso precisamente en su campaña contra él. Para los que temían que pudiese acabar produciéndose un conflicto de irreparables dimensiones y consecuencias, la insistencia de Goldwater en condenar al Gobierno actual de "blando

con el comunismo" era una advertencia más que alarmante, aterradora ya, puesto que, en realidad, no quedaría otro camino que el que haría marchar resueltamente adelante, para alcanzar la meta, pacíficamente, sin choque, si el comunismo adoptaba la actitud prudente de apartarse; con choque, si el comunismo incurría en la pavorosa, inadmisible decisión de convertirse en un obstáculo.

Había más, mucho más que eso, sin duda. Había la decisión de suprimir, cortar, eliminar todo lo que a una ordenación sencilla de la vida se había ido agregando y adosando con el paso del tiempo, la coexistencia pacífica, los seguros sociales, la intervención del Gobierno en asuntos y actividades de la jurisdicción exclusiva de la iniciativa privada. El gran enemigo, en el fondo, era el Gobierno, eso que de una manera u otra se define y se identifica por los Estados Unidos como el "big government", que sólo puede ir a parar a "la destrucción definitiva de la libertad americana".

El senador Goldwater pudiera tal vez quedar definido con sus propias palabras, pronunciadas también en los comienzos de esa campaña electoral que puede parecer extraña, pero que tiene, sin duda, especial importancia para la historia—y la vida—política de los Estados Unidos. "Sabéis—proclamó—que nosotros los conservadores somos unos grandes creyentes en el hecho de que la naturaleza humana no cambia. La única cosa que es posible hacer con la Historia es tratar de hacerla mejor en la doceava o en la vigésima vez que la ocasión se presente."

Los que han visto en la campaña electoral de Goldwater equivocaciones, errores, falta de comprensión de la realidad, se han equivocado a su vez. No se han dado cuenta de que, en el fondo, se encontraban ante un hecho revolucionario, por lo menos en la intención. Goldwater no hizo demostración de buscar votos en la forma tradicional norteamericana, al tratar de presentarse como el candidato ideal a la presidencia en quien podían ver todos los norteamericanos, del Norte y del Sur, negros y blancos, obreros y patronos, vagabundos y multimillonarios, la síntesis de sus propios sentimientos y aspiraciones y la promesa, es más, de que encontrarían las máximas facilidades de realización en la "Gran Sociedad" que aspira a ser la heredera no menos que la continuadora de las promesas de Wilson con su "Nueva Libertad", de Roosevelt con el "New Deal", de Truman con el "Fair Deal" y, finalmente, de Kennedy con la "Nueva Frontera".

Con eso, con todo eso precisamente, era con lo que Goldwater quería acabar. (Sin olvidarse de los que, en el seno de su propio partido, entre los

que seguramente ocupaba el ex presidente Eisenhower una posición de singular relieve, habían hecho demostración de contento y hasta de culto con la política del "me too", el "yo también", de imitación y continuación de la obra reformista y progresiva del Partido demócrata. Goldwater prometía no sólo "la sorpresa del siglo", sino "una opción, no un eco".)

Lo que acabó saliendo de todo aquello fué una verdadera sorpresa, sin duda, para mucha gente; quizá para toda la gente. Porque si la victoria, incluso una victoria decisiva, de Johnson se daba por descontada, ¿cómo se podía pensar en que alcanzase unas dimensiones suficientes para convertirse en un precedente histórico, acaso en la causa directa de la ruina y hasta quizá la desaparición de uno de los dos grandes partidos políticos del país y el que durante mucho más tiempo había ejercido el monopolio del Poder.

A la mañana siguiente, la del 14 de noviembre, cuando se podía ver, reflejado en la primera página de los diarios, el resultado de aquellas elecciones, era posible sentir una sensación de malestar. Tal vez en los vencedores más que en los vencidos, porque la derrota bien podía ser, en unas circunstancias como aquéllas, explicable no menos que inevitable. Casi se podía pensar en que de esas elecciones había salido una situación que, en líneas generales, podía considerarse como la repetición de lo que había sucedido ocho años antes, cuando los candidatos a la presidencia eran el general Eisenhower por los republicanos y Adlai E. Stevenson por los demócratas.

Con la diferencia llamativa de que la situación de entonces, cuando Eisenhower había perdido sólo en los Estados de Alabama, Arkansas, Georgia, Mississippi, las dos Carolinas y Missouri, todos del Sur, y hasta del "Deep South"—El "Sur profundo"—, con la excepción del último, que es un Estado de los que históricamente se llaman fronterizos, se había invertido. En estas elecciones de ahora no sólo se daba la circunstancia de que las únicas victorias del senador Goldwater, con una sola excepción, la de su propio Estado de Arizona, estaban por el Sur, sino que la inversión que se había producido en relación con 1956 había sido mucho más acusada y había llegado al extremo de que por vez primera en la historia de los Estados Unidos un candidato demócrata a la presidencia hubiese triunfado en el Estado de Vermont.

En el año 1936, el de la reelección de Franklin D. Roosevelt, que estaba considerado como el más desastroso, hasta entonces y sólo por razones espe-

ciales, para el Partido republicano, Vermont, junto con Maine, ambos por el extremo norte de Nueva Inglaterra, habían conservado la tradición republicana de las regiones fundamentalmente campesinas de la nación que se encontraban fuera de la parte meridional, de enraizada tradición demócrata, por razones muy especiales, además de históricas. Ahora no sólo todo el centro, todo el centro oeste, todo el oeste y, en fin, todo el país con esas pequeñas y, desde el punto de vista del Partido republicano, catastróficas excepciones, se había ido con el Partido demócrata, sino que lo había hecho en forma que podía tener el carácter de algo definitivo.

*Una mayoría impresionante.*

Desde el punto de vista de la votación popular, no sólo el triunfo de Johnson era el mayor que se había conocido en la nación, sino que era el más decisivo, por el volumen de la diferencia sobre el candidato contrario y por el porcentaje, que había subido al 61,3 por 100. Siempre se había pensado en Franklin D. Roosevelt como la gran figura del Partido demócrata. el único, es más, que desde la guerra de secesión había alcanzado una votación popular que representaba una mayoría absoluta. No había sido el único presidente demócrata que había tenido el país—demócratas habían sido Cleveland, Wilson y Truman, que vino después—, pero ninguno de ellos, ni antes ni después, a lo largo de ese período, había alcanzado, hasta ahora, una mayoría absoluta en las urnas. Su elección había sido por mayoría simple nada más. Unas veces, por causa de la escisión producida en el principal partido contrario; otras, por la fuerza de otros partidos netamente minoritarios, como el socialista y el de la prohibición, que a pesar de no conseguir más que unos cientos de miles de votos en las elecciones de 1916, fueron bastantes para, junto con los del candidato republicano de aquel año, sumar algo más que la votación total que eligió a Mr. Wilson para un segundo mandato.

Roosevelt había conseguido una victoria, por vez primera desde esa guerra de secesión, de la que tan fortalecido salió el Partido republicano, aún muy joven, de inconfundibles dimensiones mayoritarias, especialmente en 1936, cuando subió a los 11 millones de votos por encima de la votación de Landon, el candidato republicano, y al 60,8 por 100 de la votación total. Lo de ahora fué mucho más decisivo, pues la diferencia en más pasó de



los 15 millones de votos, hasta alcanzar el 61,3 por 100 de la votación total, un porcentaje que en los Estados Unidos es abrumadoramente alto.

Que no se ha debido esencialmente al aumento, muy fuerte en estos últimos cuatro años, que ha tenido el censo electoral, ya con más de 110 millones de nombres, ni al hecho ya característico de una mayor fuerza numérica del Partido demócrata, sino y muy principalmente al significado que tiene, sin duda, el hecho de que Goldwater, con toda su enorme votación popular, se había quedado por debajo de los votos del candidato republicano, Richard M. Nixon, en las anteriores elecciones presidenciales, en cosa de unos siete millones y medio de sufragios.

Hasta ahora, lo normal había sido, en las elecciones presidenciales norteamericanas, que en las filas demócratas, más bien que en las republicanas, se produjesen defecciones, por tenerse la convicción o la sospecha de que un demócrata podía ser eficaz en las cámaras legislativas estatales, en la Cámara de Representantes nacional y hasta en el Senado, pero sólo en circunstancias muy especiales podría merecer consideración como el hombre de la talla necesaria para llegar a la presidencia.

La presidencia de los Estados Unidos está bien envuelta en una aureola de gran prestigio, alto sentido de la responsabilidad y el peso de unas obligaciones que la han convertido, según Jefferson, uno de los primeros presidentes de la nación, en una "miseria espléndida", y según Johnson, el último hasta ahora, en el lugar que no es "para un alma tímida o un espíritu aletargado".

Eso era, aparentemente, antes de llegar a estas elecciones, en que, con razón o sin ella, uno de los candidatos creó una impresión distinta en el ánimo de mucha gente y, con ello, la consecuencia del abstencionismo, que ha sido especialmente alto o especialmente conspicuo este año, quizá por ser mucha la gente que no se creía con ánimo para dar el voto a Mr. Johnson y, con todo, le resultaba imposible dárselo a Mr. Goldwater. Por vez primera desde la guerra de secesión—y siempre que se deje algún sitio aparte para lo sucedido en el caso de Roosevelt, la consecuencia directa de la situación dramática en que se encontraron los Estados Unidos a causa de una crisis económica por la que no le correspondía tanto alguno de culpa a Herbert Hoover, pero que se había producido cuando era él presidente, y después de haber prometido, es más, una prosperidad que había de traducirse en "un pollo en cada cazuela y dos automóviles en cada garaje" ya que en política resulta más inevitable cargar con las culpas, merecidas

o no, que disfrutar del favor y el beneficio de los grandes triunfos—en lo que podría muy bien considerarse como el sector republicano de opinión se había producido una defección ancha y profunda. Los votos republicanos no ayudaron a Mr. Johnson a alcanzar un triunfo que habría de ser suyo siempre que los votos demócratas no se quedasen en casa o no hiciesen lo que tenían por costumbre, desviarse con frecuencia y en buen número hacia el candidato republicano; pero le ayudaron, y de manera decisiva, a que consiguiese la victoria por una mayoría sin precedentes en la vida política de la nación.

### *Una deserción catastrófica.*

La mayoría del candidato demócrata es más significativa todavía cuando se piensa en lo sucedido en las regiones de enraizada tradición republicana, como el Centro Oeste, con el que contaba el senador Goldwater—o contaban los directores de su campaña de propaganda—para empezar, acaso en forma más decisiva de lo que había sucedido cuatro años antes, cuando Kennedy se había quedado, en relación con Nixon, con sólo el 48 por 100 de los votos emitidos en las urnas. Con un buen núcleo de votos electorales o compromisarios por esta parte, las posibilidades de triunfo en el resto podrían encontrar un estímulo poderoso, acaso irresistible, en cosas como la “resaca” racista, la preocupación que a mucha gente inspiraba el poder abrumador de un Gobierno, con un presupuesto de gastos de unos 100.000 millones de dólares, con dos millones y medio de burócratas, con una autoridad y un poder que se extendían y ramificaban en todas las direcciones de una nación donde había mucha gente que soñaba todavía con un sistema social sencillo, sin grandes complicaciones ni costosas pretensiones. Había muchos motivos para especular con las posibilidades de victoria, pero siempre que se contase con un punto fuerte de partida, el punto hacia donde apuntaban la tradición, la gran solera republicana de las regiones centrales y occidentales de la nación y los vestigios—apenas son ya más que vestigios—de la vida campesina por la Nueva Inglaterra.

En los Estados Unidos no sería posible pensar en Estados más honda y resueltamente republicanos que Vermont y Maine, los únicos a los que no había llegado la inundación demócrata de 1936. Pero en Maine la mayoría del candidato demócrata esta vez fué superior a la del Estado considerado como uno de los de mayor solera demócrata de la nación, el de Nueva York,

donde la mayoría de Mr. Johnson, de casi dos millones y medio de votos, representó un 68,2 por 100 de la votación total. En Maine, en cambio, ese porcentaje se mejoró un poco, hasta llegar al 68,8. Y hasta Vermont consiguió colocarse algo por encima de Nueva York, con un 68,3 por 100.

Son datos como estos—testimonio de que se había producido una deserción catastrófica—los que hacen pensar en que el general Doolittle pudo haber visto más allá del entusiasmo que prevalecía en aquel estadio de Los Angeles, al hacer la presentación del senador Goldwater, porque dan pie, sin duda, para hablar de una situación revolucionaria, por lo menos. De una situación que tiene muchas y variadas manifestaciones, como el haber acentuado un poco más la mayoría demócrata en el Senado, que pasa ya de los dos tercios, una mayoría capaz de producir un serio desequilibrio en el panorama político de los Estados Unidos. Más importante todavía es el resultado en la Cámara de Representantes, donde el Partido demócrata ha visto aumentada su representación en forma acaso decisiva, con 296 puestos—de un total de 435—en vez de 257, que habían salido de las elecciones anteriores, pero con la diferencia importante de que esta mayoría de ahora no sólo es superior, sino que es mucho más homogénea también. La ventaja está reflejada en el número y en la calidad de la mayoría, puesto que el Partido demócrata perdió una decena de puestos en la Cámara de Representantes como consecuencia de las derrotas sufridas por algunos de sus candidatos en distritos del Sur. Esta pérdida, con la que se contaba—pero apenas se contaba con una ganancia neta que fuese más que, en el mejor de los casos, una compensación generosamente medida—, coloca por vez primera en la Historia de la nación al Partido demócrata en una posición claramente progresista y, además, con la mayoría indispensable para la aprobación de programas de reforma de más altos vuelos y más significativas dimensiones que todo lo que se había producido hasta ahora, con la posible excepción de la fase primera—y un poco revolucionaria también—del “New Deal”.

Se podría hablar de una catarsis que se consideraba inevitable, en definitiva, pero que no acababa de llegar; de lo que apenas se podría haber hablado hasta después de conocer el resultado de esas elecciones, es de la situación de gran fortaleza—medida en el número de los representantes y senadores y también en el enorme crecimiento de las representaciones demócratas en las cámaras legislativas de algunos Estados, como el de Nueva York, una de cuyas consecuencias pudiera ser una nueva distribución en

los distritos electorales que corrija la desigualdad de ahora, abrumadoramente inclinada en favor de las representaciones rurales, donde la influencia republicana (conservadora) ha sido tradicionalmente grande—en que ahora se encuentra el Partido demócrata en el Congreso.

No sólo el presidente puede contar con una mayoría suficiente para sacar adelante un panorama de gobierno adecuado para “continuar” la obra iniciada por el asesinado presidente, sino que existe la posibilidad incluso de que la mayoría no se encuentre satisfecha con lo que pudiera ser la influencia moderadora de la Casa Blanca. Una de las consecuencias probables de la situación política que resultó de la presencia del senador Goldwater como candidato a la presidencia fué el convencimiento de que sólo en Johnson y Hubert Humphrey, el candidato demócrata a vicepresidente, se podría encontrar alguna manera de dar satisfacción a los sentimientos y aspiraciones de una nación de *middleroaders*, de gentes que, en su gran mayoría, prefieren la carretera del centro, lo más distanciada posible de los desvaríos de la derecha extrema y de los peligros de la izquierda revolucionaria. La posición que apetece es la de centro, con alguna inclinación a la derecha más bien que a la izquierda, pero fundamentalmente de centro. Y esto, en el año de 1964, sólo se podía encontrar en la candidatura Johnson-Humphrey, a la que, es más, la misma presencia de la candidatura del senador Goldwater y de William Miller, como aspirante a la vicepresidencia, había de imprimir de manera inevitable, aun en el caso de no haberse hallado en su misma naturaleza una marcada inclinación hacia la derecha. La moderación estaba en el ambiente y en esa influencia, poderosa aunque indirecta, que ejerció ese cambio extraordinario en la actitud de la dirección del Partido republicano, que un sector importante, quizá un sector mayoritario todavía, de la opinión norteamericana consideraba como la mejor escuela para la formación política de un presidente en perspectiva.

### *Un freno poderoso.*

En este cuadro general, de aspecto un poco inquietante, no se ha tenido en cuenta, sin embargo, un factor fundamental: las comisiones del Congreso, que siguen siendo, para el futuro inmediato, las mismas, prácticamente, que existían con anterioridad. Y, más todavía, sus presidentes. Se trata de una fuerza todavía decisiva y es seguro que bajo su influencia se dará tiempo a que se vayan enfriando muchos de los ardores reformistas

de un Congreso ahora con una neta mayoría de lo que en los Estados Unidos suele calificarse como liberalismo y que por Europa se definiría con izquierdismo, sencillamente. La mayor o menor inclinación del conjunto de una o las dos cámaras del Congreso en un sentido o el otro no altera fundamentalmente la composición de las comisiones, formadas por una representación definida de miembros de la mayoría y la minoría y para lo que la antigüedad suele ser un factor básico. Las presidencias de las comisiones están todavía dominadas principalmente por la representación demócrata salida del Sur, de esos Estados donde una posición de monopolio ejercida largamente por el Partido demócrata ha hecho posible una continuidad que no resulta fácil interrumpir ni siquiera con cambios tan pronunciados, tan espectaculares incluso, como los que salieron de las elecciones de 1936 y han vuelto a salir, algo menos acusados en el número, acaso bastante significativo en la composición, de las elecciones del pasado noviembre.

El presidente Johnson había hablado mucho de la "Gran Sociedad" y había acabado por establecer una meta claramente definida. "Por espacio de medio siglo—dijo—hemos insistido sobre una invención sin límites, sobre una industria incansable para que creasen un orden de abundancia para todas nuestras gentes. El reto del próximo medio siglo está en si hemos de tener la sabiduría necesaria para usar esa riqueza y elevar nuestra vida nacional: y hacer que avance la calidad de la civilización norteamericana."

Pero, para esto, ¿por qué ha de ser necesaria la revolución o el extremismo?

Esas parecen ser las grandes perspectivas del momento. Pero será necesario, sin embargo, contar con dos cosas importantes, quizá hasta decisivas. Una de ellas es la situación internacional, que había pasado de lo que se llegó a definir como una "inactividad magistral" a un estado de abandono cuando no de indiferencia. A ello contribuyó mucho, sin duda, el estado en que se encontró la nación a la muerte del presidente Kennedy y el comienzo, poco después, de los preparativos para la campaña electoral que se acercaba. Para desembocar en lo que muy bien pudiera considerarse con un conjunto de crisis de alarmantes dimensiones: la crisis del Vietnam del Sur, la crisis de la alianza atlántica, la crisis del Mercado Común Europeo, la crisis de Hispanoamérica, reflejada todavía en la situación en Cuba y en la creciente agitación en favor de alguna forma de reconocimiento de lo que es una realidad evidente, como insinúan las demandas

revolucionarias de Bolivia en favor del abandono de los acuerdos de la Organización de Estados Americanos, y con la insistencia del presidente electo—ya presidente titular—de Méjico, Díaz Ordaz, en conversaciones con el presidente de los Estados Unidos, en continuar siendo el único país hispanoamericano que se niega a romper las relaciones con el régimen de Castro.

Y más importante todavía que todo esto es el cambio sorprendente que se produjo en la Unión Soviética, llamado a facilitar mucho más que entorpecer las negociaciones con los Estados Unidos y a fomentar tal vez la tarea de construcción de puentes entre el Occidente y el Oriente europeos, que Mr. Johnson había pedido reiteradamente. Sobre todo después de la explosión de la primera bomba atómica china, otro de los grandes acontecimientos de un año extraordinario y que vino a producirse precisamente en los días en que la campaña electoral norteamericana entraba en la fase final.

Todo esto y algo más anunciaba la existencia de mucha obra, sin duda, para el nuevo presidente, que iba a ser él mismo a quien el destino le había colocado, de una manera caprichosa y violenta, en el camino de la presidencia, por asesinato del titular. Las circunstancias podían parecer altamente propicias para acometer la empresa y marchar adelante, con decisión y energía. Nunca en los Estados Unidos había habido un presidente con mayor autoridad popular que Lyndon Baines Johnson. Pero, ¿sería eso todo lo que se necesitaba?

Tal vez fuese cosa de pensar asimismo en la situación en que quedaba el Partido que había sufrido algo más que la derrota. Pues también por ese lado había habido contatos, por lo menos, de revolución.

Podía haber algo o podía no haber nada en lo que dijo el *Milwaukee Journal*: “El pueblo (de los Estados Unidos) prefiere la *Gran Sociedad* a la gran mirada hacia atrás para la observación de un mundo que nunca había existido.” Pero sobre lo que no quedaba sitio alguno para la duda era la decisión de Goldwater de continuar en el puesto de control del Partido republicano a que había sido elevado como candidato a la presidencia. Aquella votación que había alcanzado, por encima de los 26 millones de papeletas, ¿no justificaba el hablar como Goldwater hablaba? Habían sido votos, no necesariamente para él, dijo, “sino para la filosofía que yo represento, una filosofía republicana a la que yo creo que el Partido republicano debe mantenerse adherido y fortalecer, es más, en los años por venir.”

Es decir, que si la misión de Johnson había sido “continuar” la obra que había empezado el asesinado presidente Kennedy, la función de Goldwater

sería no defraudar a esos 26 millones de votos y seguir adelante, por el camino de la reforma y la vigorización de un partido que a él le parecía que había de ser otra vez lo que originalmente había sido, y dejar, por lo tanto, de ser el imitador y el colaborador del Partido demócrata. "Al quedarme sin empleo el 3 de enero...—comentó Goldwater, pensando en el momento en que terminaría su mandato como senador por el Estado de Arizona—, dispondré de mucho tiempo para dedicarlo a este partido, a su dirección y al fortalecimiento del partido, y tengo toda la intención de proceder de esta manera."

Pero, frente a él se estaba levantando, en aquellos mismos instantes, un vigoroso movimiento de oposición, de resistencia, decidido a nada menos que a dejar a Goldwater cesante, parado, de una manera total y definitiva. Esto parecía ser el anuncio de lucha, de un lucha que apenas podría tener mejores consecuencias que el producir grave debilitamiento en un partido que acababa de sufrir un gran tropiezo; si las consecuencias fuesen peores, entonces se podría pensar en la escisión y hasta en la fragmentación y atomización de un gran partido político, para dejarlo transformado en una serie de pequeñas agrupaciones regionales y estatales.

JAIMÉ MENÉNDEZ.

